

HOMILIA DEL P. PROVINCIAL CON MOTIVO DEL PRIMER CENTENARIO DE LAS CARMELITAS DESCALZAS DE TORTOSA (1877-1977)\*  
Gabriel BELTRAN

*El mes de octubre próximo pasado, nuestras monjas de Tortosa celebraron, con diversos actos –cuya reseña publicó la revista en su último número– el primer centenario de su monasterio. Con este motivo, el 12 del mismo mes, fiesta de Ntra. Sra. del Pilar, presidió la concelebración vespertina el P. Provincial. Y esta fue la homilía.*

Estamos conmemorando el primer centenario de la fundación de carmelitas descalzas, aquí, en Jesús. Cien años de historia son más que suficientes para recordar –aunque sea a grandes rasgos– el pasado; para reflexionar sobre su fidelidad en el presente; y, sobre todo, para pensar cómo orientarnos el futuro. Pasado, presente y futuro, en nuestro caso, de una comunidad de hijas de santa Teresa de Jesús, contemplativas. Que como María, –el centenario coincide con una advocación mariana (Ntra. Sra. del Pilar)– están a la escucha de la Palabra de Dios y desde ella hacen vivo el testimonio orante de la Iglesia, en el pueblo de Dios, como prolongación de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, que nos recuerdan las lecturas de hoy.

*Vuestro pasado.* Los primeros trámites para un convento de carmelitas descalzas en Tortosa, datan, nada menos, que de principios del s. XVIII. Se habían constituido en fundadoras del deseado monasterio Dña. Teresa de Cercós y su hija María, quienes tomarían el hábito de descalzas al día siguiente de asentada la comunidad. Esta no debía sobrepasar el número de 12 o 14 religiosas –número muy teresiano por cierto. Incluso llegaron a comprar una casa junto a la actual iglesia de San Blas y dotaban a la fundación con 14.761 libras catalanas. Asimismo, los superiores generales de la Orden tenían otorgada licencia al provincial de Cataluña para todos los efectos concernientes a la pretendida comunidad. Pero surgieron tales dificultades que la hicieron imposible por aquellas fechas. Los carmelitas descalzos de Tortosa, promotores y animadores de la idea, no lograron ver a sus hermanas religiosas en la ciudad, de momento. La providencia tenía reservada esta fundación a cuatro sacerdotes de la diócesis, y en especial a don Enrique de Osó. A quien esperamos ver pronto, muy pronto, en la gloria de Bernini, y por lo mismo asociarse “oficialmente” a los actos litúrgicos de este centenario, en los próximos meses. Don Enrique, don Mateo Ansach, don José Sánchez y don Jacinto Peñarroya fueron –impulsados por el amor y devoción a santa Teresa de Jesús, y con el beneplácito del obispo diocesano don Benito Vilamitjana i Vila– los promotores de esta fundación de carmelitas descalzas, de Jesús. A ellos se unió muy pronto doña Magdalena de Grau i Gres, cediendo la propiedad de estos terrenos para levantar el convento. El 6 de agosto de 1876 se coloca la primera piedra, y tal día como hoy –el 12 de octubre de 1877– se inaugura oficialmente el nuevo monasterio. Tal día como hoy, fiesta de la Virgen del Pilar, porque las religiosas fundadoras vienen de Zaragoza; pertenecen a uno de los dos

---

\* [Publicat a *Vida Teresiana*, 10, 2a època (maig 1978), pp. 19-30.]

conventos carmelitanos de Zaragoza. Nuestras monjas vienen del monasterio llamado de Santa Teresa, comunidad que en estos momentos –según me comunicaron personalmente hace unas semanas– se siente estrechamente unida a vosotras, queridas hermanas.

Las fundadoras –cuatro también– se llaman: Petra, de 53 años, M<sup>a</sup> Carmen, de 49, M<sup>a</sup> Rosa, de 25 y Candelaria de 26. Con estas cuatro religiosas nace de hecho, la comunidad de Jesús-Tortosa. Una comunidad acogida cariñosamente desde el primer momento por vecinos y comarca entera, que vive y siente cuanto sea Teresa de Jesús. Y fluyen de inmediato las vocaciones. En menos de dos meses ingresan seis postulantes. Vocaciones y generosidad popular que –aun cuando pueda sonar a paradoja– nuestra comunidad comparte, muy pronto, con dificultades y contradicciones de diverso orden. Y lo que es más, surgidas “entre buenos” –por evocar una frase de santa Teresa–. Ella gustó, en cada una de sus fundaciones, la presencia de la cruz. No podía faltar en Tortosa. Cruz motivada por desavenencias con el mismo Dn. Enrique; muerte prematura de la fundadora más antigua y significativa de la casa, M. Petra; dificultades económicas para levantar el convento e iglesia; la guerra del 36. Pero todo lo han visto más que compensado con el gozo y la paz de su entrega generosa a Dios y a la Iglesia en bien de la humanidad, a través de su vida comunitaria, de oración y soledad.

*Que constituyen, precisamente vuestro presente.* Vida de comunidad, comunitaria, compartida. “Aquí –dice santa Teresa– todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar” (*Camino* 4,7). Una de vuestras fundadoras, la M. Carmen, os lo traducía en lenguaje de su época: “Amarse como hermanas y respetarse como señoras”.

Vida de oración y soledad. “No es otra cosa oración mental, a mi parecer –escribe en el *Libro de la Vida*– sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a *solas*, con quien sabemos nos ama” (*Vida* 8,5). Una oración fundada en Cristo, único mediador ante el Padre: “representarse delante de Cristo y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada humanidad y traerle siempre consigo y hablar con Él” (*Vida* 12,2). Pero con un sentido profundamente eclesial, apostólico: “Ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores, y letrados...” (*Camino* 1,2). También en esto os amaestraron vuestras fundadoras zaragozanas y cuantas os han precedido, M. Petra, M<sup>a</sup> Rosa, por citar dos de las primeras.

Y en este clima de comunidad, oración y soledad han convivido unas 50 religiosas compartiendo “los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de la época” (*Gaudium et Spes* 1). “Nada auténticamente humano se encuentra que no halle eco en su corazón” (*ibid.*). Y entre los muchos acontecimientos transcurridos en estos cien años de historia fundacional, me limito a señalar dos, porque considero que serán quienes condicionarán, positivamente, vuestra futura vida contemplativa. Se trata del Concilio Vaticano II y la nueva configuración de la sociedad. Dos acontecimientos, o dos aspectos de un único acontecer que debemos mirar todos con esperanza, e incluso con ilusión. El Espíritu de Jesús está soplando muy fuerte en la Iglesia y en el mundo entero. Se trata de abrirnos con generosidad a su acción transfiguradora. Aquellos que hayan vivido con mayor fidelidad el pasado y sean conscientes del presente son los más capacitados para sentar las bases de un futuro mejor.

*Estáis comprometidas con el futuro.* Vosotras, queridas hermanas, poseéis valores humanos envidiables. Disponéis de una vida comunitaria, de una vida de oración y de un ambiente de soledad anhelados por muchos. A nivel humano y a nivel de fe, son valores,

yo diría –con todos los perdones– redescubiertos. Centrándonos en la Iglesia y en las familias religiosas, estamos vislumbrando, y palpando ya, realidades de “comunidad”, de comunidades de oración y soledad, nacidas de los documentos conciliares y posconciliares y reconocidas e impulsadas por las nuevas Constituciones de todas las órdenes, congregaciones e institutos.

Vosotras mismas, acabais de recibir la “Regla, Constituciones primitivas de la Santa y las Declaraciones para la adecuada renovación”. Desde el pasado, que os ha servido en bandeja el presente, mirais el futuro, creais el futuro de la “obra” de santa Teresa de Jesús. La “obra” de la Santa (que sois vosotras) nació bajo los impulsos de la novedad del Concilio de Trento. Ahora os corresponde a vosotras –porque la Iglesia os lo pide– integrar a la obra de la santa Madre el espíritu y las orientaciones del Vaticano II. Que debéis aceptar secundar con la misma generosidad e ilusión que la Santa puso en su vida y en su obra. Sin temor, sin miedo. El miedo y el temor –cuando no es temor de Dios “sano” (hay temores que denominamos de Dios, que no son “sanos”)– son malos consejeros, y nunca han creado obras, realidades, con futuro, ni en la sociedad, ni menos en la Iglesia. La Santa –que os habla de “ánimos animosos” y “cuanto más santas más tratables, más conversables”– comenzó su obra partiendo de la “vuelta constante a las fuentes de la vida cristiana y a la primera inspiración de la Orden”. Evangelio y fundadores.

*Evangelio.* Por esto nos dice: “Determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mi, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo” (*Camino* 1,2).

*Fundadores.* “De aquellos santos profetas”, “de aquellos santos padres nuestros del Monte Carmelo”, “de donde venimos”, “llamadas a la oración y contemplación” (*Fundaciones* 29,33 y *Moradas*, V,1,3). “Bien entendidas todas las cosas, así de mortificación, como del estilo –la palabra y la frase es suya, al pie de la letra– de hermandad y recreación que tenemos juntas” (*Fundaciones* 13,5).

El futuro de esa comunidad, Dios, la Iglesia y la Orden lo ponen en vuestras manos. Este primer centenario –recuerdo del pasado, vivencia en presente– os compromete cara al futuro. Ya os lo dijo la misma Santa: “Ahora comenzamos y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor” (*Fundaciones* 29,32).

*Resumo y acabo.* Quise remontarme a los mismos inicios de vuestra inspirada fundación; evocar a aquellas personas y acontecimientos más significativos de vuestros cien años de historia. La santa Madre, Teresa de Jesús –tan venerada y estimada por estas tierras tortosinas gracias, en parte, al siervo de Dios, don Enrique de Osó– ha estado viva y presente aquí en Jesús, a través de vuestra fundación y cada una de vosotras, intérpretes de su espíritu y vida. Carisma teresiano que ahora os corresponde vivir y manifestar a la luz del Vaticano II, y del magisterio de la Iglesia y de la Orden. Ahí tenéis las recientes Declaraciones que os ha mandado el P. General para esa “adecuada renovación”. Ahí encontrareis vivos y redescubiertos –si cabe– los ricos valores de vuestra vocación carmelitano-teresiana, para el futuro de la obra de la Santa.

El acontecimiento que conmemoramos coincide con la fiesta de la Virgen “con la secular advocación del Pilar”. Por tanto una fiesta de María, madre de la Iglesia, madre del Carmelo. La Palabra de Dios proclamada nos recuerda el estilo de vida y sobre todo de oración de la primera comunidad cristiana: apóstoles y discípulos, “junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús” (Ac 1,14). Algo tan caro, tan entrañable para toda comunidad orante como sois todas las carmelitas descalzas. “La Virgen María

–cito parte del n. 41. de vuestra nueva legislación– es la Madre y Señora de la Orden, modelo de oración y abnegación en el camino de la fe; es la criatura que se consagra a acoger y contemplar –con la inteligencia y el corazón– la palabra del Señor (el evangelio llama “dichosos” a los que escuchan y cumplen esa Palabra de Dios); es la criatura que se deja guiar siempre por la moción del Espíritu Santo, y unida a Cristo en su misterio pascual, participa de su amor, de su dolor y de su gozo”.

Me doy cuenta que cuanto he dicho está pensado para ellas. Me parece normal, pues son ellas el motivo de ese centenario, aun cuando cualquier celebración litúrgica es, pertenece, a la Iglesia, a todos los cristianos, e incluso esa comunidad carmelitana, como don del Señor a la misma Iglesia. Sin embargo, pienso que estos valores de vida comunitaria, de oración, contemplación y abnegación de las carmelitas descalzas deben estar presentes, ser vividos, de algún modo, en cualquier forma o estilo de vida cristiana.

Celebremos la eucaristía. Demos gracias por Cristo, y con Él, al Padre por el “acontecimiento” de nuestra salvación, que da sentido a toda efemérides humana, y por tanto a esos cien años de historia. Acontecimiento, eucaristía, a la que nos invita san Juan de la Cruz –colaborador de la obra de santa Teresa– con unos versos profundos: “¡Qué bien se yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche! Aquesta eterna fonte está escondida en este vivo pan por darnos vida, aunque es de noche. Aquí se está llamando a las criaturas, y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, porque es de noche. Aquesta viva fonte que deseo, en este pan de vida yo la veo, aunque es de noche”, misterio.

Palabra y eucaristía que requieren ser acogidas con unos momentos de silencio, de oración, de contemplación, por cada uno de nosotros.